

REDESCUBRIENDO NUESTRO BAUTISMO

Un posible interrogante

En el corazón de cada Vigilia Pascual, en esa "santísima noche en la que el Pueblo de Dios permanece en vela para rememorar la obra admirable de la creación y celebrar el acontecimiento mucho más admirable de la redención", bendecimos el agua pidiendo "que ella nos recuerde el día de nuestro bautismo y nos asocie a la alegría de todos aquellos hermanos que son bautizados en esa Pascua"¹. Acto seguido renovamos las promesas bautismales renunciando al demonio y a sus obras, como asentimiento a las acciones litúrgicas realizadas; signos de nuestra participación en el misterio de Cristo.

Ante este cúmulo de evocaciones de vida cristiana podemos legítimamente preguntarnos: ¿en qué medida somos conscientes del significado de todo aquello que con la liturgia rememoramos? Este interrogante bien puede plantearse también cada domingo, si al inicio de la eucaristía la bendición del agua sustituye, como la Iglesia lo prevé, al rito penitencial, y donde "pedimos humildemente al Señor que se digne bendecir esa agua con la que seremos rociados en memoria de nuestro bautismo", y también su "ayuda para permanecer fieles al Espíritu Santo que hemos recibido"².

Pienso que si el bautismo despierta en nosotros pocas o lejanas resonancias, pueden influir varios factores, quizá el primero de ellos sea el hecho, común a muchos, de haber recibido el sacramento cuando niños. A esto pueden sumarse algunas ópticas hodiernas que miran al bautismo como un mero acontecimiento social; o parciales, que sólo captan su aspecto negativo como perdón del pecado original; e incluso una visión negativa que se rebela contra el compromiso adquirido en el sacramento en nuestros primeros años, sin asentimiento por parte nuestra, ciertamente.

El interrogante es importante porque el bautismo es la base de la vida cristiana. Toda espiritualidad cristiana es necesariamente bautismal. Gracias al bau-

1. *Misal Romano*: Liturgia Bautismal Vigilia Pascual, Conferencia Episcopal Argentina, Madrid, 1981, p. 314.
2. *Ibíd.*, p. 313.

tismo irrumpe en el hombre la gracia salvadora de Cristo. El bautismo inicia en quien lo recibe el camino enderezado a vivir el misterio de Jesús y del Espíritu; camino que tiene por fin la eternidad. De aquí que el bautismo es inicio, semilla que contiene en sí, a manera de germen, la totalidad de la vida en Cristo y, al marcar al hombre, hace del bautizado un cristiano.

El bautismo, con su carácter sacramental, nos configura de manera esencialmente irrevocable, realidad que perdura más allá de nuestra actuación posterior. Bautizados, estamos llamados a hacer madurar la gracia recibida mediante nuestro personal compromiso de vida, proceso que no es de un día sino de toda la vida, y que nos recuerda la liturgia bautismal de la Vigilia Pascual.

El bautismo a los ojos del Vaticano II

Este carácter bautismal que conforma desde lo íntimo toda la espiritualidad cristiana, con muy buena fortuna ha sido puesto de relieve por el Concilio Vaticano II, al proponer una doctrina en la que el primer sacramento recuperó su lugar esencial en la vida cristiana, entre la multiplicidad de carismas en la Iglesia y en toda "espiritualidad" derivada de los mismos. De aquí que cualquier "espiritualidad" particular no sea sino el desarrollo o la síntesis de alguna faceta ya presente en la abundancia genérica de la iniciación cristiana. Basta espigar algunos de los muchos textos conciliares para captar la gran riqueza de su espiritualidad bautismal.

Según el Vaticano II, es el bautismo el que nos introduce en el misterio-sacramento de la Iglesia, porque por él "nos configuramos en Cristo... ya que en este sagrado rito se representa y realiza el consorcio con la muerte y resurrección de Cristo"³, siendo éste Cabeza de su cuerpo eclesial. "Renacidos no de un germen corruptible, sino de uno incorruptible, mediante la palabra de Dios vivo, no de la carne, sino del agua y del Espíritu"⁴, entramos no sólo a la comunidad de los creyentes, sino que tomamos parte plenamente en la gracia y en la misión de Cristo y de la Iglesia, además de participar del sacerdocio real de Cristo, en su doble vertiente cultural y existencial, pues

los bautizados son consagrados por la regeneración y la unción del Espíritu Santo como casa espiritual y sacerdocio santo, para que por medio de toda obra del hombre cristiano, ofrezcan sacrificios espirituales y anuncien el poder de Aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz⁵.

La esencia de la iniciación cristiana es sintetizada por la *Lumen Gentium* al decir que

los fieles, incorporados a la Iglesia por el bautismo, quedan destinados por el carácter al culto de la religión cristiana, y, regenerados como hijos de Dios, están obligados a confesar delante de los hombres la fe que recibieron de Dios mediante la Iglesia⁶.

3. Constitución *Lumen Gentium*, 7.

4. *Ibíd.*, 9.

5. *Ibíd.*, 10.

6. *Ibíd.*, 11.

Y esto es central, porque es particularmente allí donde radica el fundamento, el modelo y la unidad de la vocación cristiana universal a la santidad, que el Concilio nos recuerda elocuentísimamente, santidad alcanzable en los diversos caminos existentes en el seno de la Iglesia.

Los seguidores de Cristo, llamados por Dios, no en razón de sus obras sino en virtud del designio y gracia divinos, y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos. En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron⁷.

El Vaticano II no dejó de recordar que es justamente el sacramento inicial y no otro fundamento, el que determina el sentido de la espiritualidad y del apostolado de los laicos. Llamados a ser fermento de renovación en la sociedad en que viven, los define como

los fieles que, en cuanto incorporados a Cristo por el bautismo, integrados al Pueblo de Dios, y hechos partícipes, a su modo, de la función sacerdotal, profética y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y, en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos corresponde⁸.

a saber:

desempeñando su propia profesión guiados por el espíritu evangélico, contribuyen a la santificación del mundo como desde dentro, a modo de fermento⁹.

Incluso a la vida religiosa el Concilio la presenta signada por la iniciación cristiana, como la tierra única y fructuosa en la que pueden desarrollarse los compromisos evangélicos y florecer los distintos carismas. Al referirse al consagrado dice:

ya por el bautismo había muerto al pecado y estaba consagrado a Dios; sin embargo, para extraer de la gracia bautismal fruto más copioso, pretende, por la profesión de los consejos evangélicos, liberarse de los impedimentos que podrían apartarle del fervor de la caridad y de la perfección del culto divino y se consagra más íntimamente al servicio de Dios¹⁰.

Finalmente, recordemos que el Concilio tuvo el acierto, en estos tiempos marcados por el diálogo inter-ecclesial, de colocar al bautismo en el centro de todo ecumenismo. Sacramento común recibido, nos induce a transitar el camino de la unidad en Cristo y a dar el testimonio de unión que, como cristianos, debemos al mundo:

Por el sacramento del bautismo, debidamente administrado según la institución del Señor y recibido con la requerida disposición del alma, el hombre se incorpora realmente a Cristo crucificado y glorificado, y se regenera para el consorcio de la vida eterna según las palabras del apóstol... El bautismo, por tanto, constituye un vínculo sacramental de unidad, vigente entre todos los

7. *Ibíd.*, 40.

8. *Ibíd.*, 31.

9. *Ibíd.* Cf. Decreto *Apostolicam Actuositatem*, 3.

10. Constitución *Lumen Gentium*, 44.

que por él han sido regenerados. Sin embargo, el bautismo, por sí mismo, es sólo un principio y un comienzo, porque todo él tiende a conseguir la plenitud de la vida en Cristo. Así pues, el bautismo se ordena a la profesión íntegra de la fe, a la plena incorporación a la economía de la salvación tal como Cristo en persona la estableció y, finalmente, a la íntegra incorporación en la comunión eucarística¹¹.

Esta espiritualidad bautismal, inscrita en la raíz de toda espiritualidad cristiana, si bien es cierto que ha sido hecha brillar con renovada claridad por el Vaticano II, es, de suyo, de existencia secular. La encontramos con rasgos nítidos e inconfundibles en la espiritualidad de los primeros cristianos, y de tal forma que arroja luz a toda la experiencia posterior de la Iglesia, por su profundidad, riqueza, y anticipación en el tiempo. A esto aludió el Papa Pablo VI en su primera carta encíclica *Ecclesiam Suam*, que une magníficamente la espiritualidad antigua y la contemporánea, en el contexto de la conciencia de la Iglesia y de su necesaria renovación interior:

Es necesario devolver al hecho de haber recibido el santo bautismo, es decir, de haber sido injertados mediante tal sacramento en el Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia, toda su importancia, especialmente en la valoración consciente que el bautizado debe tener de su elevación, más aún, de su regeneración a la felicísima realidad de hijo adoptivo de Dios, a la dignidad de hermano de Cristo, a la dicha, esto es, a la gracia y al gozo de la inhabitación del Espíritu Santo, a la vocación de una vida nueva, que nada ha perdido de humano, salvo la herencia desgraciada del pecado original, y que está capacitada para dar, de cuanto es humano, las mejores expresiones, y experimentar los más ricos y puros frutos. El ser cristiano, el haber recibido el santo bautismo, no debe ser considerado como cosa indiferente u olvidable, sino que debe marcar profunda y gozosamente la conciencia de todo bautizado. Debe ser pues considerado por éste como lo fue por los cristianos antiguos, una *iluminación*, que, haciendo caer sobre él el rayo vivificante de la verdad divina, le abre el cielo, le esclarece la vida eterna, lo capacita para caminar como hijo de la luz hacia la visión de Dios, fuente de eterna bienaventuranza¹².

Estas palabras del Papa Pablo VI —actuales hoy, en el momento en que la Iglesia busca ayudar a los bautizados a recobrar su conciencia bautismal, y en la práctica pastoral intensifica la catequesis sobre el sacramento y sus consecuencias—, me han sugerido “preguntarle” a los “cristianos antiguos” más eximios cómo veían y vivían el don del bautismo. Creo que ellos y sus contemporáneos pueden ayudarnos a recuperar el sentido del bautismo como sacramento de la libertad real del cristiano, a vivir la alegría interior fruto de la experiencia de la gracia de haber sido hechos hijos en el Hijo, y, a la vez, renovar el compromiso adquirido en el sacramento, que debe traducirse en la conformidad diaria con Cristo, y éste muerto y resucitado.

11. Decreto *Unitatis Redintegratio*, 22.

12. PABLO VI, Carta Encíclica *Ecclesiam Suam*, 34-35 (6 de agosto de 1964).

Los inicios

Algo que salta a la vista al frecuentar las obras de los Padres de la Iglesia es la importancia capital que le confieren a los sacramentos de la iniciación cristiana, en particular al bautismo y a la eucaristía, como síntesis de toda la vida cristiana en su doble realidad: don gratuito otorgado por Dios, y consecuencia de este don el compromiso personal de vida de quien debe vivir la gracia recibida como un bautismo permanente. Se puede afirmar sin exagerar que los Padres de la Iglesia y con ellos toda la cristiandad antigua, no conocieron otra espiritualidad específica diferente a la bautismal. Para ellos no había ni otra ascética ni otra mística que la vivencia diaria del bautismo, e incluso otras realidades propias de la vida cristiana como el martirio, la puesta en común de los bienes, la oración fervorosa, el sentido de Iglesia, y opciones de vida como la virginidad y el abrazar la vida monástica, brotaban todas ellas de la única y misma gracia bautismal. De hecho, el centro de la espiritualidad patristica no fue explícitamente la eucaristía, sino el bautismo.

Desde los albores del cristianismo el bautismo fue el rito de acogida e iniciación, y la Iglesia reglamentó celosamente las condiciones de ingreso a sus filas. El bautismo suponía un camino de conversión, hecho de opciones claras desde la fe en un mundo adverso, y que a menudo comportaba un cambio de vida incluso a nivel social: varias profesiones en la antigüedad cristiana eran incompatibles con la nueva fe, y por ende imposibilitaban para recibir el sacramento. En muchos casos se arribaba a las aguas bautismales dejando tras de sí un largo camino caracterizado por la búsqueda de la verdad.

Aunque las fuentes son contadas, sabemos que en los dos primeros siglos ya se consideraba la riqueza que encerraba el bautismo, el cual era el baño que lavaba los pecados y perdonaba las penas por éstos merecidas, la entrada plena a la vida de Jesucristo y el sacramento que integraba a la comunidad eclesial. La *Didaché*, por ejemplo, ya da normas sobre la forma de administrar el bautismo:

Acerca del bautismo, bautizad de esta manera: después de enseñadas las cosas que preceden, bautizad en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, en agua de un torrente. Si no tienes agua de un torrente, bautiza con agua de una cisterna; si no puedes hacerlo con agua fría, hazlo con agua caliente. Si no tienes ni de una ni de otra, derrama agua en la cabeza tres veces en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo¹³,

y advierte que nadie que no esté bautizado participe de la eucaristía: "Que nadie coma ni beba de vuestra acción de gracias, sino los bautizados en el nombre del Señor..."¹⁴.

La *Carta de Bernabé*, especie de tratado teológico cuyo propósito era enseñar "el conocimiento perfecto", ya nos testimonia el lugar central que el bautismo ocupaba en la enseñanza de la Iglesia y, además de relacionar el sacramento con el paraíso y la cruz de Cristo, enfatiza dos aspectos dignos de ser destacados:

13. *Didaché*, 7, 1-3.

14. *Ibid.*, 9, 5.

el bautismo confiere al hombre la adopción filial, e imprime en su alma la imagen y semejanza de Dios, recreándolo:

Habiéndonos renovado por el perdón de nuestros pecados, hizo de nosotros una forma nueva, hasta el punto de tener un alma de niños, como de veras nos ha plasmado de nuevo. Y, en efecto, la Escritura dice de nosotros lo mismo que Dios dijo a su Hijo: *Hagamos al hombre a imagen y semejanza nuestra*¹⁵;

y al transformar su corazón lo hace templo del Espíritu Santo:

Antes de creer nosotros en Dios, la morada de nuestro corazón era corruptible y flaca, como templo verdaderamente edificado a mano, pues estaba lleno de idolatría y estaba lleno de demonios, porque no hacíamos sino cuanto era contrario a Dios... Después de haber recibido el perdón de los pecados, y por nuestra esperanza en el Nombre, fuimos hechos nuevos, creados otra vez desde el principio. Por lo cual, Dios habita verdaderamente en nosotros, en la morada de nuestro corazón¹⁶.

De esta misma época es el *Pastor de Hermás*, obra escrita en Roma a mediados del s. II y que gozó de mucha fama, la cual llama al bautismo "sello" que nos hace nacer a una vida nueva: "Antes de llevar el hombre el sello del Hijo de Dios, está muerto; mas, una vez que recibe el sello, depones la mortalidad y recobra la vida"¹⁷... "el sello es el agua... bajan al agua muertos y salen vivos"¹⁸; por el cual entramos a formar parte de la Iglesia, designada con la figura de una torre en construcción: "los hizo entrar en la torre, después de haberles dado vestiduras y una señal"¹⁹, y que nos permite entrar en el reino de Dios: "Recibieron el sello del Hijo de Dios y así entraron en el reino de Dios"²⁰. Ya Hermas alude de manera curiosa a la necesidad absoluta del bautismo para la salvación: los apóstoles descendieron al limbo para bautizar a los justos muertos antes de Cristo, los cuales gozaron así de la salvación completa: "los apóstoles y maestros predicaron el sello del Hijo de Dios a los que habían muerto, y éstos pudieron entrar también en la construcción de la torre: sólo les faltaba tener el sello"²¹.

Ignacio de Antioquía recuerda a Policarpo que el bautismo es escudo protector: "Vuestro bautismo ha de permanecer como vuestra armadura"²², y la *Segunda Carta de Clemente*, que no es de Clemente Papa sino la primera homilía cristiana que ha llegado hasta nosotros, puntualiza que hay que guardar íntegro el sello bautismal: "Guardad vuestra carne pura y el sello incontaminado, para que recibamos la vida eterna"²³. En realidad esta *Segunda Carta de Clemente* es una exhortación a la perseverancia destinada a los neófitos, y pretendió inculcar-

15. *Carta de Bernabé*, 6, 11-12.

16. *Ibid.*, 16, 7-8.

17. *Pastor de Hermas*, Comparación 9, 16.

18. *Ibid.*

19. *Ibid.*, Visión 3, 3, 3-5.

20. *Ibid.*, Comparación 9, 16.

21. *Ibid.*

22. IGNACIO de Antioquía, *Carta a Policarpo*, 6, 2.

23. *Segunda Carta de Clemente*, 8, 6.

les su deber de vivir una vida cristiana sin pecado, consecuente con el sacramento recibido.

Justino mártir, hijo de Prisco, fue uno de esos muchos que llegaron al bautismo tras una azarosa marcha a la zaga de la verdad. La había buscado en cuatro escuelas filosóficas diferentes y, finalmente, gracias a un misterioso anciano, había encontrado la verdad de Cristo en las Escrituras:

Inmediatamente sentí que se encendía un fuego en mi alma y se apoderaba de mí el amor a los profetas y a aquellos hombres que son amigos de Cristo, y reflexionando conmigo mismo sobre los razonamientos del anciano, hallé que ésta sola es la filosofía segura y provechosa²⁴.

Desde su experiencia puede darle a otros este consejo:

Si tú también te preocupas de ti mismo y aspiras a tu salvación, y tienes confianza en Dios, como a hombre que no es ajeno a estas cosas, posible te es alcanzar la felicidad, reconociendo al Cristo e iniciándote en sus misterios²⁵.

Salvación a la que se llega de la mano con la fe y la oración humilde: "Por tu parte y antes que todo, ruega que se te abran las puertas de la luz, pues estas cosas no son fáciles de comprender por todos, sino por aquel a quien Dios y su Cristo concede comprenderlas"²⁶.

Justino, al dirigir a Antonino Pío "este discurso y esta súplica"²⁷ en favor de los cristianos, describe el rito bautismal y la doctrina de la comunidad cristiana que él comparte; descripción que a su vez contiene lo que fue su propia experiencia:

Aquellos que creen en la verdad de nuestra enseñanza y de nuestra doctrina prometen primeramente vivir conforme a esta ley. Entonces les enseñamos a orar y a pedir a Dios, con ayunos, el perdón de sus pecados, y nosotros mismos oramos y ayunamos juntamente con ellos. Después los llevamos a un lugar en que haya agua, y allí, de la misma manera que nosotros mismos hemos sido regenerados, ellos son regenerados a su vez. En el nombre de Dios, Padre y Señor de todas las cosas, y de Jesucristo, nuestro Salvador, y del Espíritu Santo, son lavados entonces en el agua...²⁸.

Con otros Apologistas Griegos²⁹ la tradición en general, también anota que el primer efecto del sacramento es el perdón de los pecados:

A nosotros, bañados como estábamos por los gravísimos pecados que habíamos cometido, nuestro Cristo nos redimió al ser él crucificado sobre el madero y purificarnos a nosotros por el agua; y nos convirtió en casa de oración y de adoración³⁰.

24. JUSTINO, *Diálogo con Trifón*, 8, 1-2.

25. *Ibíd.*

26. *Ibíd.*, 7, 2.

27. *Ibíd.*, *Apología I*, 1.

28. *Ibíd.*, 61, 2-3.

29. ARISTIDES de Atenas, *Apología*, 17, 4; TEOFILO de Antioquía, *Segundo libro de Autólico*, 16.

30. JUSTINO, *Diálogo con Trifón*, 86, 6.

Pero algo original de Justino es que fue el primero en emplear el término *iluminación* —que nos recuerda Pablo VI en su *Ecclesiam Suam*— para designar al bautismo, y según su pensamiento es aquí donde reside la acción profunda del sacramento, siendo el perdón de los pecados un preliminar o una consecuencia de la transformación bautismal:

Este baño se llama iluminación, porque quienes reciben esta doctrina tienen el espíritu lleno de luz. Y por eso, en nombre de Jesucristo, que fue crucificado bajo el poder de Poncio Pilato; y en el nombre del Espíritu Santo, que profetizó por medio de los profetas toda la historia de Jesús, es lavado aquel que es iluminado³¹.

Acto seguido, el iluminado era conducido a la congregación de los hermanos para participar de la eucaristía, que coronaba la obra nueva comenzada en el bautismo, gracias a todo lo cual dejaban de “seguir siendo hijos de la necesidad y de la ignorancia”, y comenzaban a ser hijos “de la libertad y del conocimiento”³².

Aunque en la teología de Ireneo de Lyon el bautismo tiene un papel menos importante que la eucaristía, en sus dos obras que han sido conservadas hallamos algunos elementos referidos al sacramento inicial: su *Demostración Apostólica* aporta los rudimentos de lo que puede ser una catequesis bautismal, y a partir de su *Adversus Haereses* podemos llegar a armar una cierta teología bautismal.

Para Ireneo el bautismo es a la vez perdón, nuevo nacimiento y sello de eternidad:

Lo primero de todo, se nos recomienda acordarnos de que hemos recibido el bautismo para remisión de los pecados en nombre de Dios Padre y en el nombre de Jesucristo, el Hijo de Dios encarnado y muerto y resucitado, y en el Espíritu Santo de Dios; acordarnos también de que este bautismo es el sello de la vida eterna y el nuevo nacimiento en Dios, de suerte que ya no somos hombres mortales, sino del Dios eterno³³,

y porque en el sacramento recibimos al Espíritu Santo, éste mora en nosotros aquí y en la vida futura:

En efecto, tal es el estado de los creyentes por el hecho de que en ellos mora constantemente el Espíritu Santo, que ha sido dado por él en el bautismo y que es guardado por quien lo recibe, a condición de vivir en la verdad, la santidad, la justicia, y la paciencia, pues la resurrección es también obra del Espíritu Santo, ya que el cuerpo recibe de nuevo el alma, y con ella, por la fuerza del Espíritu Santo, resucita y es introducido en el reino de Dios³⁴.

Lo sucedido en Cristo, sobre quien descendió y habitó el Espíritu, se realiza también para todo el género humano, al que el bautismo y el Espíritu Santo le procuran la vida de Dios:

...nosotros, que somos muchos, no podemos hacernos uno en Cristo Jesús

31. *Ibid.*, *Apología I*, 61, 12-13.

32. *Ibid.*, 61, 10.

33. IRENEO de Lyon, *Demostración*, 3.

34. *Ibid.*, 42.

sin esta Agua que viene del cielo... nosotros, que éramos anteriormente "un leño seco", nunca hubiéramos llevado fruto a no ser por esta lluvia que se nos da libremente de lo alto. Porque nuestros cuerpos por aquel baño (del bautismo) adquirieron aquella unidad que los hace incorruptibles; pero las almas la han recibido del Espíritu. Por esto nos son necesarios uno y otro, ya que uno y otro procuran la vida de Dios... Este es el don que el Señor recibió del Padre, y él a su vez lo entregó gratuitamente a los que participan de él, enviando por toda la tierra el Espíritu Santo... Por esto nos es necesario este rocío de Dios, para que no nos quememos ni nos hagamos estériles, de suerte que allí donde tenemos un acusador, allí tengamos un Paráclito defensor³⁵.

Con el realismo que lo caracteriza, Ireneo no deja de subrayar que el bautismo sitúa al hombre en la economía de la salvación y lo hace progresar, junto con toda la Iglesia, hacia la consumación, de manera que el sacramento es prenda de incorruptibilidad y promesa de la visión de Dios:

Uno es el Hijo que llevó a cumplimiento la voluntad del Padre, y uno es el género humano, en el que tienen cumplimiento los designios misteriosos de Dios: "los ángeles desean contemplarlo", pero no pueden llegar al cabo de la sabiduría de Dios por la cual su creatura alcanza la perfección al conformarse con su Hijo e incorporarse a él: a saber, que el primogénito que de él procede, el Verbo, descienda a la creación, que es obra de sus manos, y sea recibido en ella, y a la vez, que la creación sea capaz de recibir al Verbo y de ponerse a su nivel, por encima de los ángeles, hasta llegar a ser imagen y semejanza de Dios³⁶.

¡Ante el pesimismo y el dualismo gnóstico que como veneno iba expandiéndose en el mundo cristiano del siglo II, Ireneo no cesa de cantar la gloria incomparable a la que el hombre está llamado en Cristo Jesús!

Desarrollo progresivo

En el siglo III asistimos a una estructuración de la liturgia bautismal y a una elaboración de su teología. El catecumenado, noviciado de la vida cristiana según Tertuliano, fue organizándose, lo cual ya exigía una catequesis bautismal que fue precisándose hasta alcanzar su máximo desarrollo en el siglo siguiente. En Occidente con Tertuliano aparece la primera obra sobre el bautismo, y Cipriano de Cartago abrió la controversia sobre el bautismo de los herejes, la cual fue ocasión para clarificar algunos puntos oscuros:

Clemente de Alejandría, promotor insigne de la relación filosofía—religión cristiana, consideraba al bautismo como una regeneración y un renacimiento:

El desea, pues, que nos convirtamos y seamos como niños, reconociéndole como nuestro verdadero Padre, habiendo sido regenerados por el agua; esta generación y la de la creación son distintas³⁷,

35. *Ibid.*, *Adversus Haereses*, III, 17, 1 ss.

36. *Ibid.*, V, 36, 3.

37. CLEMENTE de Alejandría, *Strömata*, III, 12, 87.

a tal punto que para él no existe grado superior al bautismo, pues el sacramento reporta al neófito todo lo que él puede recibir:

Quando hemos sido regenerados, hemos recibido inmediatamente lo que es perfecto, y lo que era el objeto de nuestro afán. Hemos sido iluminados, lo cual significa que hemos conocido a Dios. Pues bien, es imposible que sea imperfecto quien ha conocido lo perfecto³⁸.

Cristo es el modelo a quien los recién bautizados deben imitar:

Lo mismo sucede con nosotros, cuyo modelo fue el Señor. Al ser bautizados se nos ilumina; al ser iluminados se nos hace hijos; al convertirnos en hijos, se nos torna perfectos; una vez hecho perfectos, recibimos la inmortalidad. Está escrito: "Yo lo he dicho, sois dioses e hijos del Altísimo"³⁹.

La riqueza bautismal es tal que Clemente llama al sacramento con diversos nombres:

... recibe múltiples nombres: *carisma, iluminación, perfección, baño*. Baño por el cual somos purificados de nuestros pecados; carisma por el cual los castigos merecidos por nuestros pecados nos son levantados; iluminación en la cual contemplamos la bella y santa luz de la salvación, es decir, por la cual penetramos con la mirada en lo divino; perfección, porque, en efecto, nada le falta a quien ha conocido a Dios. Pues sería absurdo dar el nombre de carisma de Dios a un don incompleto. Además, la liberación del mal, es principio de salvación⁴⁰,

y al Espíritu Santo iluminador recibido en el bautismo, lo compara a un unguento que sana los ojos y permite ver la luz eterna:

Con el bautismo quedamos libres de nuestros pecados que, como una nube, cubrían al Espíritu de Dios, y el ojo de nuestro espíritu queda libre, al descubierto, lleno de luz que nos hace contemplar las cosas divinas. Así, el Espíritu Santo, que viene del cielo, se derrama en nosotros, como unguento de claridad eterna, que permite contemplar la luz eterna⁴¹.

Para Clemente el bautismo es una verdadera epopeya llamada a terminar en una victoria, de la cual ya poseemos las primicias: "... el conocimiento se halla en la iluminación (del bautismo), pero el término del conocimiento es el descanso, meta final de nuestro deseo"⁴².

En su cátedra de Alejandría, el gran Orígenes preparó muchos catecúmenos para el sacramento y es testigo de la enseñanza tradicional formulada por la Iglesia. Como objetivos de su predicación bien podríamos señalar el descubrirnos al bautismo como fundamento de la vida espiritual y el precavernos contra dos peligros: concebir el sacramento como una acción mágica, y recibirlo sin captar su

38. *Ibíd.*, *Pedagogo*, I, 6, 25, 1.

39. *Ibíd.*, I, 6, 26, 3.

40. *Ibíd.*

41. *Ibíd.*

42. *Ibíd.*, I, 6, 29, 3.

sentido profundo; de hecho, para él, el catecumenado incluía dos aspectos complementarios: "la conversión moral y los primeros elementos de la simple fe"⁴³.

Junto a la formación espiritual, Orígenes puso el acento en la conversión moral que los misterios paganos no exigían:

Vosotros, que deseáis recibir el santo bautismo, tenéis ante todo que purificaros mediante la fe, tenéis ante todo, mediante la audición de la palabra de Dios, que arrancar las raíces de los vicios y templar vuestras bárbaras costumbres, para que, revestidos de humildad y mansedumbre, podáis recibir la gracia del Espíritu Santo⁴⁴.

El rito bautismal implicaba en su enseñanza la renuncia al demonio y el compromiso con Cristo, materializado en ese momento en la recitación de la fórmula de fe:

Que cada fiel se acuerde de las palabras que pronunció al renunciar al demonio, cuando vino a las aguas del bautismo, recibiendo el sello de la fe y aproximándose a la fuente de la salvación. Entonces prometió que no andaría en las pompas y las obras del demonio y que no se sometería a su esclavitud y a sus placeres⁴⁵.

Exponente máximo de la escuela alegórica, las figuras de la Escritura aplicadas al bautismo adquieren en su pluma carta de ciudadanía: las tradicionales como el retorno al paraíso, el diluvio, el paso del Mar Rojo, la circuncisión..., y otras nuevas que por primera vez son por él presentadas, como la travesía del Jordán por Josué y por Elías antes de su ascensión, y la consideración del bautismo como un baño nupcial⁴⁶.

Orígenes tiene el acierto de señalar que el mismo Cristo es a la vez el agente, el contenido y la eficacia del bautismo:

Pero el bautismo que es un nuevo nacimiento no es el que concedía Juan, sino el que otorgaba Jesús por medio de sus discípulos, y se llama baño del nuevo nacimiento que se realiza con una renovación del Espíritu⁴⁷.

Y si en su pensamiento es el principio y fuente de todas las gracias divinas, la vida espiritual no es otra cosa que el desarrollo de la gracia bautismal. Para el maestro alejandrino la vida espiritual del cristiano es un pasar continuo de la ley a la gracia, del pecado a la vida en Cristo, por lo cual es tiempo de prueba y tentación, en el que la gracia bautismal hace realidad la ascensión espiritual, al transformarnos en la imagen gloriosa de Cristo⁴⁸.

43. ORIGENES de Alejandría, *Homilías sobre el libro de los Jueces*, 5, 6.

44. *Ibíd.*, *Homilías sobre el libro del Levítico*, 6, 2.

45. *Ibíd.*, *Homilías sobre el libro de los Números*, 12, 4.

46. *Ibíd.*, *Homilías sobre el libro del Génesis* 10, 5; 12, 100; *Homilías sobre el libro del Exodo* 5, 4; *Homilías sobre Josué* 5, 1; *Comentario sobre el libro de los Números* 11, 13.

47. *Ibíd.*, *Comentario sobre S. Juan* 6, 168.

48. *Ibíd.*, *Comentario sobre S. Juan* 6, 33; *Homilías sobre el libro de los Números* 12, 1; 20, 3.

El *De Baptismo* de Tertuliano fue el único tratado pre-niceno referido a un sacramento, y la primera obra sobre el bautismo. En realidad, más que una catequesis es una defensa del sacramento contra una secta gnóstica de su tiempo. De ahí que Tertuliano se detenga con profusión en la explicación del rito bautismal y su significado, además de tratar distintas cuestiones teológicas, bíblicas y disciplinares. Es acusada la influencia de Ireneo, en particular a la hora de mostrar la unidad del designio de salvación a través de la historia, de la creación a la redención.

Para nuestro propósito, creo que vale la pena subrayar aunque sea solo dos elementos. Después que el catecúmeno era bautizado seguía la unción post-bautismal, la cual, si en la tradición bíblica expresaba el sacerdocio y la realeza, es comparada por Tertuliano con la de Aarón por Moisés, y con la de Cristo por el Padre y el Espíritu; de aquí que para él dicha unción conforma al recién bautizado con Cristo y le confiere el nombre de cristiano:

Luego, al salir del baño, somos ungidos con la santa unción, según aquella práctica antigua por la que los sacerdotes solían unguirse con el aceite de un cuerno, como Aarón fue ungido por Moisés. Y a causa del crisma, que significa unción, nos llamamos cristianos, es decir, ungidos... De esta suerte, la unción resbala sobre nosotros de manera carnal, pero aprovecha de manera espiritual, de igual modo que el mismo bautismo, que es un acto carnal por el que somos sumergidos en el agua, tiene el efecto espiritual de liberarnos de los pecados⁴⁹.

Otro detalle llamativo que nos dejó Tertuliano en su tratado fue el indicar la posibilidad que los laicos tienen, en caso de necesidad, de conferir el bautismo, precisamente por el hecho de haberlo recibido ellos, lo cual les da la capacidad de ser instrumentos del sacramento para otros:

Para darlo, el poder pertenece, ante todo, al primer sacerdote, es decir al obispo, si es que se halla presente; después de él al sacerdote y al diácono, pero jamás sin la autorización del obispo, a causa del respeto debido a la Iglesia y que es necesario salvaguardar para mantener la paz. Además, también los laicos tienen el poder. Lo que todos han recibido en el mismo grado, todos pueden darlo en el mismo grado. Al igual que la palabra, que nadie tiene el derecho de ocultar, así también el bautismo procede de Dios y todos pueden conferirlo⁵⁰;

sin embargo, esto debe hacerse con discernimiento y nunca a la ligera: "Los que tienen el oficio de bautizar saben que el bautismo no se ha de conferir temerariamente..."⁵¹.

Como lo fue para muchos cristianos de su época y como debe serlo para todo cristiano, el bautismo significó para Cipriano de Cartago el paso de la tiniebla y de la esclavitud a la vida de la luz y de la libertad. Con estos trazos nos describe

49. TERTULIANO, *De Baptismo*, 7.

50. *Ibíd.*, 17, 1-4.

51. *Ibíd.*, 18, 1.

el proceso interior en el cual la luz de Cristo buscaba irrumpir en la oscuridad de su corazón:

Cuando estaba postrado en las tinieblas de la noche, cuando iba zozobrando en medio de las aguas de este mundo borrascoso y seguía en la incertidumbre el camino del error, sin saber qué sería de mi vida, desviado de la luz de la verdad, me imaginaba cosa difícil y, sin duda alguna, dura, según eran entonces mis aficiones, lo que me prometía la divina misericordia: que uno pudiera renacer y que, animado de nueva vida por el baño del agua de salvación, dejara lo que había sido y cambiara el hombre viejo de espíritu y mente, aunque permaneciera la misma estructura de su cuerpo. ¿Cómo es posible, me decía, tal transformación, que de la noche a la mañana, tan de repente, se despoje uno de lo que es congénito a la propia naturaleza, o se ha endurecido por hábitos inveterados?⁵²

La gracia de Cristo triunfó de tal manera en la vida de Cipriano, que años más tarde pudo sellar su fe con la prueba máxima del martirio, fruto maduro de lo acontecido en él por la gracia bautismal:

Después que quedaron borradas con el agua de la regeneración las manchas de la vida pasada y se infundió la luz en mi espíritu transformado y purificado, después que me cambió en un hombre nuevo por un segundo nacimiento la infusión del Espíritu celestial, al instante se aclararon las dudas de modo maravilloso, se abrió lo que estaba cerrado, se disiparon las tinieblas, se volvió fácil lo que antes parecía difícil, se hizo posible lo que se creía imposible, de modo que pude reconocer que provenía de la tierra mi anterior vida carnal sujeta a los pecados, que era cosa de Dios lo que ahora estaba animado por el Espíritu Santo⁵³.

La historia recuerda a Cipriano por su fuerte controversia con el Papa Esteban sobre la validez del bautismo de los herejes, que Roma aceptaba y Cipriano creía inválido. A él le era imposible concebir que un sacramento fuera debidamente administrado y no diera su fruto, a la vez que consideraba que el bautismo conferido por un ministro hereje era inválido porque carecía de la gracia y del Espíritu, estaba fuera de la Iglesia, que era única e indivisible, y además, no confesaba la fe íntegra en la Trinidad, motivo por el cual no podía actuar según las intenciones del Señor, ni siquiera cuando confería el sacramento.

Probablemente en su postura doctrinal rígida influyó no poco su profunda experiencia bautismal. Sin embargo, de la vivencia de Cipriano nos quedaron elementos valiosos que guardan su vigencia hasta el día de hoy: al bautismo debe seguir una vida santa para que la gracia espiritual recibida en el sacramento crezca y dé fruto:

Es claro que la gracia espiritual que reciben todos los creyentes en la misma medida en el bautismo, disminuye o aumenta en la conducta de la vida y en nuestros actos posteriores, así como en el evangelio la semilla del Señor se siembra por igual, pero, según la diversa condición de la tierra, una se

52. CIPRIANO de Cartago, *A Donato*, 3.

53. *Ibíd.*, 4.

pierde, otra se multiplica en exuberante producción del treinta por uno y del sesenta por uno o del ciento por uno⁵⁴;

de la misma manera, es necesario mantener la fe que permite al cristiano vivir a resguardo del demonio, el cual había sido aplastado en el momento de recibir el bautismo:

Debemos creer que cuando se llega al agua de la salvación y a la santificación por el bautismo, allí es aplastado el demonio, y el hombre consagrado a Dios queda liberado por la misericordia divina. Esto lo experimentamos por los mismos hechos: los bautizados en la enfermedad por el apremio de la necesidad y los que consiguieron la gracia, están libres del espíritu inmundo que antes los movía, y viven en la Iglesia con sana y ejemplar conducta, haciendo crecer cada día más la gracia divina y la fe. Por el contrario, muchas veces algunos de los que son bautizados completamente sanos, si después empiezan a pecar de nuevo, se vuelven a ver agitados por el espíritu inmundo; con lo cual se pone de manifiesto que el demonio es excluido en el bautismo por la fe del creyente, pero si la fe llega a faltar, él vuelve⁵⁵.

Culmen

Se impone consultar el testimonio de los "cristianos antiguos" de los siglos IV y V, pues respecto al sacramento inicial, dicha época, así llamada "edad de oro patristica", fue de especial importancia, no sólo por la calidad de los Padres surgidos tanto en Oriente como en Occidente, sino también debido a la organización de la catequesis y la liturgia, que alcanzaron un gran desarrollo y se hicieron normativas para los siglos posteriores.

La paz otorgada por Constantino trajo al seno de la Iglesia sus "gracias" y "desgracias"; el bautismo de adultos por un lado se generalizó, pero por otro no faltaban quienes demoraban la recepción del sacramento hasta el final de su existencia para eludir el cambio de vida implicado, todo lo cual indujo a los responsables eclesiales a perfeccionar el catecumenado ya existente y a intensificar la preparación pre-bautismal, continuándola después de administrado el bautismo en la llamada catequesis mistagógica, o explicación de los misterios celebrados. Las homilias de los Padres "catequetas" como Cirilo de Jerusalén, Teodoro de Mopsuestia, Juan Crisóstomo, Ambrosio y Agustín, son una clara muestra del puesto central que en la vida de la Iglesia ocupaba la formación cuidadosa de los nuevos cristianos.

El ritual bautismal del siglo IV estaba estructurado sobre una serie prolija y extensa de ceremonias, grávidas de sentido, expresadas con un profuso simbolismo. Recorrer paso a paso todos los hitos que llevaban desde la inscripción del nombre del candidato y el catecumenado hasta la eucaristía post-bautismal, excedería el objeto de este artículo, pero sí nos será útil hacer alguna alusión al significado y a la enseñanza que los Padres extraían de algunos de los ritos sacra-

54. *Ibíd.*, Carta 69, 14, a Magno.

55. *Ibíd.*, 15-16.

mentales. Esto no sólo nos indicará cómo concebían y vivían el sacramento, sino también nos ayudará a redescubrir el sentido de algunos ritos y palabras actuales del bautismo, dado que la Iglesia con su liturgia post-conciliar ha recuperado lo mejor de la tradición de los primeros siglos, y su teología bautismal bien puede resumirse con algunas expresiones que la tradición cristiana antigua acuñó sobre el bautismo, tales como *sacramento de la fe, iluminación; nuevo nacimiento*, y realidades inherentes al sacramento, como la *participación en el misterio pascual* y la *incorporación a la Iglesia*.

Aspirar al bautismo fue y seguirá siendo un cambio de vida radical. Así Cirilo de Jerusalén lo explicaba a los candidatos al sacramento:

¡Discípulos del Nuevo Testamento y participantes de los misterios de Cristo! Hacedos un corazón nuevo y un espíritu nuevo, ahora por la vocación y dentro de poco por la gracia, para que haya alegría en el cielo... Una vez que hayáis ingresado por este bueno y excelente camino, proseguid con decisión la carrera de la piedad... Por medio de la confesión desvestíos del hombre viejo, que se corrompe por la concupiscencia del error, para que os vistan del nuevo, que se va renovando por el conocimiento del que lo creó...⁵⁶.

Parte importante del rito pre-bautismal era la renuncia a Satanás; expresión concreta del deseo de conversión y preparación para recibir la gracia sacramental. "Renuncio a Satanás, a todos sus ángeles, a todo su culto, a toda su voluntad y a todo su mundano desvío"⁵⁷, decía Teodoro de Mopsuestia,

Esta renuncia no sólo significaba abjurar del demonio como: "espíritu del mal, del pecado, del error, de la violencia, del egoísmo", sino a algo también visible: sus obras y manifestaciones, lo que se llamaban "sus pompas". Todo eso que hoy definimos como obras del Maligno: envidia y odio, pereza e indiferencia, cobardía y omisiones, materialismo y sensualidad, injusticia y favoritismo, negociación y soborno"⁵⁸, también en la cristiandad antigua tenía sus manifestaciones... Tertuliano consideraba obras del diablo los espectáculos paganos e idolátricos, y Cirilo de Jerusalén no deja de hacer una lista detallada:

Las obras de Satanás son todos los pecados a los cuales es necesario renunciar, como quien huyendo absolutamente de un tirano huye en cierta manera también de sus armas. Todo género de pecado se considera como obra del diablo... Has renunciado a las obras de Satanás, quiero decir a todas las obras y pensamientos que no están de acuerdo con la razón... La pompa del diablo son la pasión por el teatro, las carreras de caballos, la caza y toda vanidad...⁵⁹.

Algo llamativo de la Iglesia antigua era la conciencia viva de la presencia del mal. Esto se manifestaba en un catecumenado pautado por frecuentes exorcis-

56. CIRILO de Jerusalén, *Catequesis 1*, 1-2.

57. TEODORO de Mopsuestia, *Homilía 13 sobre el bautismo*.

58. *Misal Romano*: Liturgia Bautismal Vigilia Pascual, Conferencia Episcopal Argentina, Madrid, 1981, p. 315.

59. CIRILO de Jerusalén, *Catequesis Mistagógica 1 (19)*, 5-6.

mos que expresaban el conflicto entre Cristo y Satanás en el alma del candidato, y liberaban a éste progresivamente de todo influjo demoníaco. Acá puede surgirnos la pregunta de si en nuestros tiempos no nos habremos ido al extremo opuesto, hasta llegar a negar la existencia del Maligno...; quizá el realismo de los primeros cristianos pueda enseñarnos algo...

Terminada la Vigilia Pascual, los catecúmenos eran sumergidos generalmente hasta medio cuerpo en el agua bautismal, previamente bendecida con el fin de que recibiera la fuerza del Espíritu Santo y así pudiera santificar a los bautizados:

No eres bautizado sólo en agua común, sino en el agua de un nuevo nacimiento, que sólo puede realizarse mediante la venida del Espíritu Santo... seno venerable en el que se prepara un nuevo nacimiento, y la gracia del Espíritu Santo plasma y hace renacer a quien descendiende a la fuente bautismal con otra nueva naturaleza humana, eminente⁶⁰.

Nuestra actual bendición del agua nos recuerda aquella otra agua bautismal, agua portadora de vida, que en la palabra de los Padres era comparada a una tumba y a un seno materno: "En un mismo momento vosotros habéis muerto y habéis nacido. Aquella agua salvadora se convirtió para vosotros en sepulcro y en madre"⁶¹ ... "en el bautismo el agua es como un seno materno para quien nace, pero en ella es el poder del Espíritu el que plasma al bautizado para un nacimiento nuevo, cambiándolo integralmente"⁶².

Habiendo emergido del agua sanadora, la unción post-bautismal con el óleo santo nos concede la participación en la dignidad sacerdotal, profética y real de Cristo. Máximo de Turín nos lo explica en términos exquisitos:

Terminado el bautismo derramamos sobre vuestra cabeza el crisma santo, es decir, el óleo de la santificación; y así queda demostrado que el Señor confiere a los bautizados la dignidad sacerdotal y real... Esta unción hecha sobre vosotros os ha otorgado la dignidad de una realeza y de un sacerdocio que una vez comunicados no terminarán jamás. Quizá os sorprenda que os diga que por el crisma habéis recibido la realeza, el sacerdocio y la gloria futura. Pero no soy yo quien lo dice, es el Apóstol san Pedro, o mejor todavía, es Cristo quien proclama personalmente que habéis recibido esta dignidad⁶³.

La catequesis siempre ha sido un medio por el cual la Iglesia ha ejercido su maternidad en el pueblo de Dios. A este respecto nos dice la *Lumen Gentium* que "la Iglesia... por la predicación y el bautismo engendra a una vida nueva e inmortal a los hijos concebidos por obra del Espíritu Santo y nacidos de Dios"⁶⁴. Y en la Iglesia antigua, con respecto al sacramento de iniciación, el ministerio de la palabra fue notoriamente central, pues por medio de la catequesis y la predicación de los Padres no sólo preparaban a los catecúmenos para el bautismo, sino

60. TEODORO de Mopsuestia, *Homilía 14 sobre el bautismo*, 10.

61. CIRILO de Jerusalén, *Catequesis Mistagógica 2 (20)*, 4.

62. TEODORO de Mopsuestia, *Homilía 14 sobre el bautismo*, 11.

63. MAXIMO de Turín, *Sermón sobre la unción de la cabeza*.

64. Constitución *Lumen Gentium*, 64.

aún más, con la predicación post-bautismal trataban de prolongar la catequesis recibida, explicándoles el significado de los ritos acontecidos, y ayudar así a los neófitos a vivir las exigencias de la vida nueva.

En la predicación los Padres desarrollaban la doctrina del bautismo, comentaban la Escritura y explicaban las figuras bautismales, denominando al bautismo de distintas formas, lo cual les daba ocasión para exponer los diferentes aspectos de la teología bautismal.

Tema central de esta predicación, que a la vez nucleaba alrededor de sí múltiples detalles y elementos, fue considerar al bautismo como *baño*, como *iluminación*, y como *sello*. La teología mistagógica patristica no sólo buscaba iniciar en los misterios o explicarlos a quienes los habían recibido, sino que muchas veces se detenía en una compleja explicación de cada gesto, de cada palabra. Hundía sus raíces en el mundo bíblico, tratando de analizar con profundidad los textos explícitos alusivos a la iniciación cristiana y a sus efectos. Los Padres, armados con su método tipológico, inspirado por la misma tradición neotestamentaria, buscaban en el Antiguo y en el Nuevo Testamento toda tipología aplicable al sacramento. En razón de nuestra finalidad dejaremos de lado esta rica veta tipológica y pondremos la mirada en la explicación que los Padres daban a ciertos tópicos, como el significado del bautismo, sus efectos y consecuencias.

Significados del sacramento

Ser bautizado no sólo expresa la purificación del pecado y la gracia de adopción recibida, sino que es una verdadera asimilación al misterio de Cristo, asimilación que debe revestirse de caracteres concretos: bautizarse es sinónimo de compartir los sufrimientos reales de Cristo; Cirilo de Jerusalén y Ambrosio de Milán nos lo pueden explicar... Dice el primero:

Aprendamos que lo que Cristo soportó por nosotros y por nuestra salvación, lo padeció en verdad y no en apariencia, y que hemos sido hechos participantes de sus padecimientos... Por la participación de su muerte en el bautismo, hemos llegado a ser un mismo árbol con él. Que tu espíritu esté atento a las palabras del Apóstol. El no dice: hemos llegado a ser un mismo árbol por la muerte, sino por la semejanza de la muerte. Una muerte real fue la que alcanzó a Cristo, su alma se separó del cuerpo, y verdadera fue asimismo su sepultura, porque su santo cuerpo fue envuelto en una sábana limpia, de modo que a él todo le aconteció en realidad. Para nosotros en cambio queda la imagen de la muerte y los sufrimientos, pero cuando se trata de la salvación, ya no es más una imagen, es una realidad⁶⁵;

y el obispo de Milán:

Proclama el Apóstol, lo habéis oído en la lectura de hoy, que cualquiera que se bautiza, se bautiza en la muerte de Jesús. ¿Qué quiere decir "en la muerte"? Que así como murió Jesucristo, así tú también gustes de la muerte; que así como Jesucristo murió al pecado y vive para Dios, así tú también mueras

65. CIRILO de Jerusalén, *Catequesis Mistagógica* 2 (20), 7.

a las antiguas seducciones del pecado por el sacramento del bautismo y resucites por la gracia de Cristo. Luego aquí hay una muerte, pero no en la verdad de una muerte física, sino en la semejanza. Pues cuando eres sumergido, recibes la semejanza de la muerte y de la sepultura; recibes el sacramento de la Cruz, porque Cristo estuvo pendiente de la Cruz y su cuerpo fue crucificado con clavos. Luego tú eres crucificado con él, te adhieres a Cristo, te adhieres a los clavos de Nuestro Señor Jesucristo para que el diablo no te pueda arrancar de allí. Que los clavos de Cristo te tengan atado cuando la debilidad de la condición humana te quiere alejar⁶⁶.

Ahora bien, no sólo es participación en la muerte de Cristo, sino en todo su misterio pascual —muerte y resurrección—, de ahí que el bautismo sea prenda de salvación. Para Basilio Magno:

La venida de Cristo a la carne, los ejemplos de su conducta evangélica, los sufrimientos, la cruz, la sepultura, la resurrección, acontecieron para volvernos a la amistad con Dios, para que el hombre salvado mediante la semejanza con Cristo recupere la antigua filiación... y ya concorde con su muerte, alcance la resurrección de los muertos⁶⁷;

y Cromacio de Aquileya lo explicaba así:

El bautismo de Cristo nos lava de nuestras faltas y nos renueva para la vida de salvación. Por el bautismo morimos al pecado y compartimos la vida de Cristo; morimos a nuestra vida antigua y resucitamos para una vida nueva, nos despojamos de los extrayíos del hombre viejo y nos vestimos con el hombre nuevo⁶⁸.

Múltiples efectos

Al referirse a los efectos del bautismo, los Padres listan una serie de realidades fruto de la gracia bautismal, con la peculiaridad de que no se conforman con insistir simplemente en el aspecto negativo del sacramento (purificación de pecados), sino que atraen la atención hacia el esplendor de esta vida nueva, que produce la transformación total y el nacimiento nuevo en el Espíritu, además de ser prenda y promesa de nuestra resurrección futura.

Para Teodoro de Mopsuestia, bienes espirituales del bautismo son:

El nuevo nacimiento, la renovación, la inmortalidad, la incorruptibilidad, la impassibilidad, la inmutabilidad, la liberación de la muerte, de la esclavitud y de todos los males, el gozo de la libertad y la participación de los bienes futuros y sublimes⁶⁹.

Cirilo de Jerusalén busca evitar toda concepción estrecha del sacramento:

Nadie, pues, estime que el bautismo obtiene sólo la gracia de la remisión de los pecados y la adopción de hijos, como el bautismo de Juan que solamente

66. AMBROSIO de Milán, *Sobre los sacramentos* II, 23.

67. BASILIO de Cesarea, *Tratado sobre el Espíritu Santo* XV, 35.

68. CROMACIO de Aquileya, *Sermón* 34, 3.

69. TEODORO de Mopsuestia, *Homilía 14. sobre el bautismo*, 17.

procuraba la remisión de los pecados. Nosotros, que estamos correctamente instruidos, sabemos que es purificación de los pecados e intermediario del don del Espíritu Santo, y también es la exacta representación de la Pasión de Cristo⁷⁰.

Y san Juan Crisóstomo encuentra en el bautismo una serie de beneficios que a su vez le permiten ampliar el panorama de sus oyentes, y fundamentar el uso eclesial del bautismo de los niños:

¡Dios sea bendito!, repitámoslo, él, el único que ha hecho maravillas, él, ha hecho todas las cosas y las renueva. Los que ayer eran esclavos hoy son hombres libres y ciudadanos de la Iglesia. Los que antes vivían la vergüenza del pecado, ahora están en la honradez y la justicia. Son no solamente libres, sino también santos; no solamente santos, sino también justos; no solamente justos, sino hijos; no solamente hijos, sino herederos; no solamente herederos, sino hermanos de Cristo; no solamente hermanos de Cristo, sino sus coherederos; no solamente sus coherederos, sino sus miembros, no solamente sus miembros, sino templos; no solamente templos, sino instrumentos del Espíritu. ¡Dios sea bendito! ¡El ha hecho grandes maravillas! ¿Has visto cuántos son los beneficios del bautismo? Mientras que algunos piensan que el único beneficio es la remisión de los pecados, nosotros hemos contado hasta diez privilegios que de él se derivan. Por esta razón bautizamos también a los niños pequeños, aun cuando no tengan pecados, para que les sea concedida la justicia, la filiación, la herencia, la gracia de ser hermanos y miembros de Cristo, y se puedan convertir en morada del Espíritu Santo⁷¹.

El bautismo como anticipo de la gloria fue particularmente subrayado por Teodoro de Mopsuestia en sus catequesis bautismales:

Este nacimiento espiritual es la figura presente de la resurrección y de la regeneración que deben realizarse plenamente en nosotros cuando pasemos de esta vida a aquella. Por eso el bautismo se llama también regeneración⁷².

Otro detalle no olvidado por los Padres se refiere al hecho de que la acción del bautismo trasciende lo puramente personal y tiene un fruto colectivo: el sacramento une y congrega a los hombres de toda raza y nación para formar con ellos el cuerpo de Cristo, al incorporarnos a la Iglesia y hacer su unidad. Juan Crisóstomo se refiere a los sacerdotes como aquellos

que dan a luz espiritualmente a los creyentes y dan el nuevo nacimiento por medio del bautismo; por medio de ellos somos revestidos de Cristo, somos sepultados junto con el Hijo de Dios y nos hacemos miembros de aquella bienaventurada cabeza⁷³.

Un compromiso de vida permanente

Dejando de lado realidades importantes como la del retorno al paraíso y la restauración de la imagen y semejanza, tema clave de los Padres Griegos, la del

70. CIRILO de Jerusalén, *Catequesis Mistagógica* 2 (20), 5-6.

71. JUAN CRISOSTOMO, *Homilía 3 sobre el bautismo*.

72. TEODORO de Mopsuestia, *Comentario a S. Juan*, Libro II.

73. JUAN CRISOSTOMO, *Tratado sobre el sacerdocio* III, 6.

bautismo como sello del Espíritu, y el aporte valiosísimo de Agustín de Hipona a la teología bautismal, particularmente marcado por un ambiente de controversia teológica, quisiera abordar un último aspecto de la teología patristica que guarda hoy, al igual que ayer, toda su actualidad: el tema del compromiso bautismal, intención de fondo que motiva y orienta la renovación de nuestras promesas bautismales en cada celebración anual de la Pascua.

No hubo Padre de la Iglesia que de una u otra forma no accediera a este tema, especialmente en su predicación pascual. El bautizado debe vivir la existencia nueva que el bautismo le ha donado, pero prolongando la lucha vigilante, pues el enemigo continúa amenazando. León Magno, en un sermón cuaresmal, es particularmente realista al respecto:

Nadie puede fiarse solamente de la pureza de su corazón hasta el punto de sentirse libre del peligro de las tentaciones, pues el tentador siempre dispuesto atormenta con todas sus trampas a los que ve que se abstienen de pecar. ¿Y de quién mantendrá alejadas sus artimañas, si hasta se atrevió a tentar con sus embustes al Señor de la gloria?... Si, pues, el demonio no apartó de nuestro Señor y Salvador las redes de sus mentiras, con cuánta mayor razón se lanzará sobre nuestra debilidad, sobre nosotros a los que persigue con vehemente odio y cruel envidia desde el día en que renunciamos a él en el bautismo y pasamos a ser, por la divina regeneración, una nueva creatura, abandonando la antigua naturaleza que él dominaba. Por eso, durante el largo tiempo que estamos revestidos de la carne mortal, el antiguo enemigo no deja de tendernos por todas partes las trampas del pecado, y se ensaña contra los miembros de Cristo⁷⁴.

El bautismo es gracia y compromiso, don de lo alto y responsabilidad del hombre como respuesta, que con una conversión continua busca alcanzar la plenitud de la vida comenzada con el sacramento:

Hemos de acordarnos de que cuando llamamos Padre a Dios, en consecuencia debemos obrar como hijos de Dios, con el fin de que así como nosotros nos honramos con tenerle por Padre, él pueda honrarse de nosotros. Hemos de portarnos como templos de Dios, para que sea una prueba de que habita en nosotros el Señor, y nuestros actos no desdigan del Espíritu recibido, de modo que los que hemos empezado a ser celestiales y espirituales no pensemos y obremos más que cosas espirituales y celestiales... Pedimos al Señor que su nombre sea santificado en nosotros..., y rogamos que los que hemos sido justificados en el bautismo perseveremos en la justificación que comenzamos⁷⁵,

nos dice Cipriano comentando el Padrenuestro.

Esta conversión continua tiene rasgos definidos, uno de los cuales, que es a la vez condición de discípulo y ayuda, es el compartir la cruz del Señor:

Es necesario, amados míos, adherirnos inseparablemente al misterio de la Pasión del Señor, haciendo para ello un esfuerzo de alma y cuerpo... ¿Quién,

74. LEON MAGNO, *Sermón 3 sobre la Cuaresma*, 2.

75. CIPRIANO de Cartago, *Tratado sobre el Padrenuestro*, 11-12.

pues, honra verdaderamente a Cristo, sufriente, muerto y resucitado, sino aquél que sufre, muere y resucita? Y esto vale para todos los hijos de la Iglesia, a partir del misterio mismo de la regeneración, donde la muerte del pecado es vida para aquél que renace, y donde la triple inmersión es imagen de los tres días en que el Señor estuvo muerto. Después que la piedra de la sepultura fue quitada, aquellos a los que la fuente bautismal recibió en su seno envejecidos, la ola bautismal los devolvió al mundo como seres nuevos. Sin embargo, queda por llevar a las obras lo que se ha celebrado sacramentalmente, y, sin tomar la cruz, los que han nacido del Espíritu Santo no podrían dominar todo lo que les queda de mundano en sus cuerpos.⁷⁶

La renuncia permanente al pecado, todos los Padres la dan por supuesta. Es la actitud básica que permite a la gracia bautismal dar sus frutos en el cristiano:

Queridos hermanos, nosotros hemos sido lavados sólo una vez, una vez solamente sido liberados y recibidos en el reino de la inmortalidad... Conservad firmemente el don recibido, conservad vuestro gozo y no cometáis más el pecado. Conservaos puros e inocentes para el día del Señor... Y para alcanzar los bienes celestes obrad la justicia y manteneos fieles a vuestras promesas.⁷⁷

Ella permite vivir nuestra dignidad de partícipes de la naturaleza divina:

Reconoce, cristiano, tu dignidad y, puesto que has sido hecho partícipe de la naturaleza divina, no pienses volver con un comportamiento indigno a las antiguas vilezas. Piensa de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. No olvides que fuiste liberado del poder de las tinieblas y trasladado a la luz y al reino de Dios. Gracias al sacramento del bautismo te has convertido en templo del Espíritu Santo; no se te ocurra ahuyentar con tus malas acciones a tan noble huésped, ni volver a someterte a la servidumbre del demonio: porque tu precio es la sangre de Cristo.⁷⁸

Y así como el bautismo "hacía" el cuerpo, formaba a la Iglesia; de la misma manera debe traducirse en buenas obras al servicio de los hermanos:

Cuando resurjamos del bautismo ajustemos nuestra cintura con la verdad, para que toda la fealdad de los pecados pasados quede oculta. Por eso dice David: "Dichosos aquellos cuyas iniquidades han sido perdonadas y cuyos pecados han quedado cubiertos"... Pero no nos basta el lavado de los pecados pasados, la gracia del bautismo, la doctrina más profunda, si no tenemos también buenas obras.⁷⁹

A modo de conclusión, y como síntesis del pensamiento y la praxis bautismal de los "cristianos antiguos" de la época patristica, permítaseme consignar aquí unas palabras pronunciadas por Gregorio Nacianceno en una homilía bautismal que resume la experiencia y la mistagogia patristica del sacramento de la iniciación cristiana:

76. LEON MAGNO, *Sermón 19 sobre la Pasión*, 4.

77. PACIANO de Barcelona, *Sermón sobre el bautismo*.

78. LEON MAGNO, *Sermón de Navidad*, 1.

79. JERONIMO, *Carta 64*, 19-20.

El bautismo es un resplandor para las almas; un cambio de vida, el obsequio hecho a Dios de una conciencia bondadosa. El bautismo es una ayuda para nuestra debilidad; desprendimiento de la carne, obediencia al Espíritu Santo, comunión con el Verbo, restauración de la creatura, purificación del pecado, participación de la luz, desaparición de las tinieblas. El bautismo es un carro que nos conduce a Dios, una muerte con Cristo, el apoyo de la fe, la perfección de la inteligencia, la llave del reino de los cielos, la transformación de la vida, el fin de nuestra esclavitud, la liberación de las cadenas, la perfección total de nuestro ser.

Esta iluminación bautismal es el más hermoso y magnífico de todos los dones de Dios... Como Cristo, que es el que nos lo ha dado, el bautismo recibe muchos nombres diversos y esto por el gozo de haberlo recibido; pero también porque la multitud de aspectos del bien que nos hace explica esta variedad de vocablos.

Lo llamamos don, gracia, bautismo, unción, iluminación, vestido de inmortalidad, agua de regeneración, sello de Dios, y le damos otros nombres, los más honrosos que se pueden encontrar. Es don porque nadie lo merece, y gracia porque se confiere incluso a los culpables; es baño porque el pecado queda sepultado en el agua, unción porque es sagrado y real, dos títulos que justifican este nombre; es iluminación por el resplandor que nos ofrece, vestido porque cubre nuestra vergüenza, baño porque nos lava, sello porque nos protege y manifiesta la soberanía de Dios. Los cielos se gozan con él; los ángeles lo glorifican porque nos hace partícipes de su esplendor; es imagen de la felicidad celestial. Quisiéramos poder cantarlo con nuestros himnos, pero no sabemos hacerlo con la dignidad que el bautismo merece⁸⁰.

Porque "en tu nombre fuimos bautizados, Padre; Hijo y Espíritu Santo... nos perdonaste nuestras maldades pasadas, cubriéndolas con tu indulgencia para hacernos felices en ti, transformando nuestra alma con la fe y con tus sacramentos"⁸¹, ¡te damos gracias, Señor!

Monasterio Ntra.Sra.de los Angeles
C.C. 34 - 7300 Azul (B)
Argentina

Roberto PEÑA, oco

80. GREGORIO de Nacianzo, *Sobre el santo Bautismo*, 3-4.

81. AGUSTIN de Hipona, *Confesiones* XIII, 12, 13; X, 3-4.